

Se estaba dando una lección de historia en una escuela pública de La Habana. El maestro se dirigió a un niño de ocho años y le preguntó:

—¿Qué hizo José Martí?

El niño, impaciente, levantó la mano, en la actitud del alumno aplicado que pide permiso para contestar.

—José Martí liberó a Cuba de los españoles—respondió el niño con voz segura.

—Y Fidel Castro, ¿qué hizo?—preguntó el maestro a continuación.

—Fidel Castro—contestó el niño, con la voz velada por la emoción—liberó a Cuba de los Estados Unidos, que se habían apoderado de toda nuestra tierra.

—Muy bien—comentó el maestro. Una fundamental lección de historia había sido aprendida y se podía seguir adelante.

Cuba y, si el fidelismo consigue echar raíces permanentes, toda la región antillana también, acaso antes de mucho tiempo, está pasando por una segunda revolución. La primera quedó truncada, antes de que pudiese consolidarse el movimiento de independencia acaudillado por figuras como Martí y Maceo. ¿Cuándo?

También esto forma parte conspicua del proceso de revisión histórica que tiene por escenario todas las escuelas públicas cubanas. A este proceso corresponde una pregunta más:

—¿Qué ocurrió el 15 de febrero de 1898?

La respuesta es inmediata:

—Los Estados Unidos volaron el «Maine» para poder intervenir en Cuba.

Y esa intervención, ya se sabe, ha continuado de una forma u otra hasta ahora en que Fidel Castro y su Movimiento 26 de julio está devolviendo Cuba a los cubanos y dando ejemplo a toda la América Hispana, pero so-

bre todo a las tierras de la región antillana, para que no pierda un minuto y dé comienzo, cada uno en su casa, a un proceso revolucionario que acabe con la situación que ha prevalecido y se ha ido consolidando desde los días de las guerras de la independencia contra España, en el siglo pasado. Este es el sentido de una situación que ha producido una fundamental dislocación de valores en la isla de Cuba, esa hermosa tierra largamente conocida como la Perla de las Antillas y que ha creado una situación de profunda intranquilidad por toda la región. Desde la República Dominicana por un lado hasta Panamá por el otro, desde Trinidad hasta Nicaragua, el fidelismo ha desatado fuerzas de un vigor y una impetuosidad insospechados, tanto que los Estados Unidos, con intereses inmensos por toda esa parte de Hispanoamérica, dan una sensación de desvalimiento e impotencia casi totales.

La situación a que se ha llegado resulta tanto más llamativa cuando se pasan hacia atrás unas cuantas páginas de la historia para tropezar con la extraordinaria facilidad con que se mandaban barcos de guerra a Cuba o soldados de infantería de marina a Nicaragua, Santo Domingo—todavía no era Republicana Dominicana—y Haití, o fuerzas del Ejército a Méjico. Y todo eso por cosas que tenían muy poca importancia, por lo menos en comparación con lo que ahora está sucediendo. Porque se ataca a los intereses norteamericanos por la región en escala hasta ahora sin precedentes, y además está en desarrollo una vasta labor de educación y preparación, que trata de asentar con características de permanencia absoluta en las páginas de la historia y el pecho de la población nativa un sentimiento de odio y repulsa hacia el norteamericano.

«Patria o muerte».

Por todas partes, en las arengas de los cabecillas populares, en la Prensa, en las consignas de carteles y estandartes o en los grandes letreros luminosos que llenan a menudo toda la fachada de algún moderno edificio, se tropieza con la misma frase: «Patria o Muerte». A la lucha contra el interés norteamericano se ha dado un sentimiento patriótico que hasta ahora ha sido lo suficiente para sostener la inmensa popularidad de Fidel Castro, a pesar de que después de año y medio largo de fidelismo triunfante en Cuba, la experiencia empieza a resultar tremendamente, y a veces hasta trágicamente, costosa para un amplio sector de la población, posiblemente ya para una mayoría.

A la terminación de la zafra—la recogida y transformación de la cosecha de caña de azúcar—pasaban ya mucho del millón los parados en Cuba, una nación con sólo unos seis millones de habitantes. ¡Alrededor de un parado por familia, por término medio! Aumenta el paro a un ritmo alarmante y aumentan los factores de mucha intranquilidad para el presente y de honda preocupación para el futuro. El crecimiento de la influencia comunista, que es evidente, llega a convertirse en una cuestión de un valor puramente académico cuando se tienen en cuenta hechos como éste: al terminarse la primera mitad de este año ya el Instituto Nacional de Reforma Agraria—I. N. R. A.—tenía funcionando cerca del millar y medio de cooperativas, en las que había tierras, fábricas, comercios, barcos de pesca, salazones, hilaturas y muchas cosas más, lo suficiente para convertir este organismo, del cual es presidente Fidel Castro, en el factor básico de la vida cubana. Hay pueblos enteros transformados en cooperativas, junto con unos 500 ranchos de ganado, toda la industria del henequén y unas actividades pesqueras organizadas en sentido horizontal. Y sólo ahora se empieza, en realidad, a ocupar las grandes extensiones destinadas al cultivo de la caña de azúcar, muchas de ellas de propiedad norteamericana, como las de la United Fruit Co., uno de los principales emporios norteamericanos, cuyas ramificaciones se extienden en todos los sentidos, con numerosos puntos de amarre por las Antillas y la América Central. Las tierras de la United Fruit Co. en Cuba ya han sido incautadas por el I. N. R. A., son propiedades cuyo valor se hace subir a unos 30 millones de dólares según la compañía; o quedarse en sólo 6 millones, según el I. N. R. A.

La diferencia radica esencialmente en el sistema de valoración adoptado. El I. N. R. A. arranca de las declaraciones hechas por los propietarios, sobre las cuales se ha calculado la contribución, cuando no esgrime argumentos sobre el carácter especulativo de ciertas actividades que hicieron posible transformar en fortunas inmensas lo que había sido adquirido por unos céntimos nada más; los propietarios, en cambio, asientan sus argumentos sobre lo que consideran el valor «real y justo» de sus propiedades, que debería ser establecido por procedimientos jurídicos y periciales, y pagado en dinero contante y sonante, no en la prometida compensación oficial en títulos de la deuda, a veinte años y con un interés del 4,5 por 100 anual.

Hay en marcha un proceso de expropiación que los propietarios consideran de confiscación y que está inspirando sospechas y recelos incluso para muchos cubanos que hasta ahora eran incondicionales fidelistas. Para

unos porque la tendencia, por ahora irresistible, hacia el cooperativismo—una forma de colectivización—defrauda al campesino que soñaba con ser propietario de la tierra que cultiva; para otros, porque esa tendencia ofrece caracteres inconfundiblemente socializantes y concentra en manos del Gobierno un poder excesivo.

Los propietarios norteamericanos han visto ya escapárseles de las manos propiedades cuyo valor se hace subir a muchos más de 200 millones de dólares, una porción respetable de unas inversiones totales que se hacían subir a casi 1.000 millones de dólares. Y antes de que pase mucho tiempo, seguramente habrán sido incautados o confiscados todos o casi todos los ingenios—fábricas de azúcar—que tienen en Cuba, la mitad de los 161 que, con las haciendas destinadas al cultivo de la caña de azúcar, formaban uno de los pilares esenciales de la estructura económica cubana.

Influencia comunista.

Al tiempo que se va desposeyendo a los intereses norteamericanos de sus inmensas propiedades en Cuba, por razones sociales y políticas a la vez, se crea inevitablemente una situación de inestabilidad y desequilibrio que se busca contrarrestar de la manera más alarmante posible: con el aumento constante y rápido de la influencia comunista.

Para fines de julio está anunciada, en principio, la visita a Cuba del jefe del Gobierno soviético, Nikita S. Jruschef, que tendrá una contrapartida lógica en la visita de Fidel Castro a la Unión Soviética, en fecha no fijada todavía. Más tarde se considera probable la visita a Cuba de Mao Tse-Tung, que no por haber dejado de ser presidente de la República Popular China, deja de ser la figura dominante de su país durante los diez años largos que han transcurrido desde que el generalísimo Chiang Kai-chek ha dejado de pisar tierra continental. Hay algo más que política—con ser tanta la importancia de la política en este caso, para Cuba, para toda la América Hispana y, por encima de todo, para los Estados Unidos—en el fortalecimiento constante de las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética. Hay también decisiones de carácter económico de una importancia incalculable.

Aparte el tratado comercial que por un lado abre el mercado soviético para la colocación allí de 5 millones de toneladas de azúcar en el plazo de cinco años y algunos otros productos, y para la exportación soviética a Cuba de muchas cosas, entre ellas petróleo, junto con el crédito de 100 mi-

llones de dólares, al interés del 2,5 por 100 anual, concedido por Moscú a La Habana, hay cosas menos conspicuas, pero acaso más significativas todavía. Cuba está literalmente cuajada de misiones de técnicos y especialistas, que visitan, observan, estudian y aconsejan para la creación de industrias, la construcción de saltos de agua, la desecación de marismas destinadas a ser convertidas en arrozales y así sucesivamente. Misiones soviéticas, checoslovacas y de otros países comunistas. Además de la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y otros países situados tras el telón de acero han negociado o están negociando tratados con Cuba.

En los comienzos mismos de este verano se daba ya por seguro el próximo establecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y China. Sería un acontecimiento de la mayor importancia política y psicológica. Y del mayor interés para el comunismo chino que, como el comunismo soviético en otros tiempos, los que precedieron a la segunda guerra mundial y las grandes depuraciones, es contemplado con aire de simpatía en ciertos medios de Hispanoamérica y otros sitios. Este interés está reflejado por el hecho de que el año pasado 107 delegaciones hispanoamericanas visitaron la China comunista, mientras que un año antes esta visita había sido hecha por sólo treinta delegaciones. Al ritmo actual, las visitas hechas este año serán mucho más numerosas y en muchos casos mucho más importantes también. Generalmente, la consecuencia de estas visitas han sido relatos llamativos—a veces deslumbrantes—sobre lo que se está haciendo en China.

Si a esto se añade el interés creciente que ofrece un mercado inmenso, se empezará a comprender la importancia que tiene China para más de una república hispanoamericana. Hasta ahora, a lo largo de este año, China había comprado a Cuba 130.000 toneladas de azúcar, pagadas en dinero contante y sonante además. Pero se tenía el convencimiento de que una de las cosas que precederían al establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países sería un tratado comercial en virtud del cual Cuba vendería a China, este mismo año, otras 500.000 toneladas de azúcar.

Un panorama cambiado.

Las incautaciones y las confiscaciones, la diversificación industrial, la orientación del comercio cubano hacia otros mercados que los tradicionales—fundamentalmente el norteamericano—estas y otras cosas están cambiando de una manera perceptible y radical el panorama cubano. Entre las

otras cosas se cuentan hechos como la conversión de cuarteles en escuelas, la destrucción del Ejército y la creación de una milicia popular armada varias veces mayor que los 35.000 soldados de antes, la desaparición prácticamente total de la fuerza aérea, porque no quedan aviones, y si alguno queda no inspira confianza a los pilotos que aun hay disponibles, con lo que se hace tentadoramente fácil la ida y venida de esos aviones piratas y contrabandistas que se dedican al tráfico de las personas que buscan salir clandestinamente de Cuba, generalmente por un precio muy elevado, de mil y más dolares por un viaje de minutos más bien que de horas.

Basta un viaje tan corto como el necesario para cubrir la distancia entre el aeródromo y la ciudad de La Habana para darse cuenta de las dimensiones que tiene ya la revolución cubana.

Lo normal es que el viajero se encuentre con el agasajo de un refresco tentador o un «Cuba libre» en la misma sala de viajeros del aeropuerto, junto, naturalmente, con folleto primorosamente ilustrado. Es decir, primorosamente para los que tienen ideas fijas y muy hostiles sobre la verdadera significación de la influencia norteamericana por Hispanoamérica. Porque uno de los aspectos más «primorosos» del folleto que lleva el título llamativo de «Bienvenido a nuestra Revolución», es poner claramente de manifiesto el carácter opresor y odioso de esa influencia norteamericana.

Hubo un tiempo en el que se hacía un gran esfuerzo por establecer una diferencia entre el pueblo norteamericano por una parte y su Gobierno e «intereses imperialistas» por la otra. Ahora ya apenas se habla de ello, en Cuba al menos. Por eso, a medida que uno se va aproximando a La Habana, en el coche que comunica con el aeropuerto, resulta inevitable la tentación a pensar en algo que va más allá de los aspectos externos del cambio que se ha producido en año y medio. Ya el coche no marcha a una velocidad endiablada, como si se tratase de evitar a toda costa que el viajero recibiese una impresión viva y duradera de lo que se podría descubrir a lo largo de una zona donde había cuarteles, establecimientos militares y policíacos, lujosas residencias gubernamentales y otras cosas. Ahora el coche discurre de manera lenta, sosegada, como si se quisiese dar todo el tiempo indispensable para verlo bien todo, para leer los grandes carteles anunciadores y comprender perfectamente el significado de una multitud de consignas y frase que se han hecho famosas en la historia cubana. De cuando en cuando tropieza la vista con un cartel inmenso, llamativo. Tiene una figura de uniforme, de aspecto simpático, que parece

estar dispuesto a prestar alguna ayuda. «El policía, vuestro amigo», dice un letrado descriptivo.

Todo es diferente y todo parece predisposto a captar afectos y simpatías. Hasta que se tropieza uno, casi al final de cada día, con los altavoces de la radio y las pantallas de la televisión, en el momento de presentar a la inmensa mayoría de los cubanos uno de los espectáculos más extraordinarios de nuestros días.

No quedará piedra sobre piedra.

Hubo un tiempo en que millones de persona escuchaban con arrobamiento la palabra de Franklin Delano Roosevelt en su habitual cuarto de hora de las «Charlas al amor de la lumbre». Nunca se pudo explicar satisfactoriamente el poder fabuloso, ilimitado de la palabra de Roosevelt en esos momentos, y es que, claro, los misterios no tienen explicación lógica, puesto que si la tuviesen dejarían de serlo. Tampoco resulta fácil explicarse el poder mágico de la palabra y el gesto de Fidel Castro cuando se encuentra ante una cámara de televisión, siempre durante largo rato, tan largo, que se advierte una sensación de desaliento cuando el discurso—la perorata—de una noche no pasa de las dos horas. Lo bueno es cuando llega a las cinco y las seis horas.

¿Para hablar de qué?

Para hablar casi siempre de los Estados Unidos, en forma tan increíblemente dura, que otro de los grandes misterios del momento encubre cuidadosamente las razones que pueda tener el Tío Sam para actuar en la forma en que lo hace, limitándose alguna que otra vez a una protesta diplomática y a dejar que los aviones piratas vayan y vengan con exilados que en su afán de dejar atrás a su patria están dispuestos a contribuir con su fortuna a que haya, casi cada día, algunos ricos más en los Estados Unidos. Para hablar de «Patria o muerte», un tema que está de actualidad permanente en Cuba.

El aspecto físicamente corpulento y nada repelente, a pesar de la barba—acaso se trate del único de los barbudos en quien la barba no sienta mal—de Fidel Castro da la sensación de agigantarse y adquirir un aire paternal y protector cuando empieza a atacar a los Estados Unidos, la potencia que está a punto, se dice, de iniciar un ataque abierto contra el pueblo cubano. Hasta el extremo de que nadie se detiene a pensar en lo grotesco o ridículo de la imitación de Churchill en momentos especiales.

«Lucharemos casa por casa—advierde Fidel—, calle por calle, pueblo por pueblo, en una lucha sin cuartel para los que nos ataquen.»

No hace falta ya que diga a quién alude. Lo sabe todo el mundo. Ni hay por qué pensar en la posibilidad de una derrota, puesto que «no quedará piedra sobre piedra... Que no cuenten con un solo saco de azúcar, porque no quedará nadie para su cultivo, nadie para moler la caña de azúcar, ni quedará siquiera un ralo de caña de azúcar. No quedará nada.»

Cuando se oye hablar así una vez, dos, tres inclusive, se puede pensar en que Fidel Castro actúa como un hombre impulsivo, además de joven, al dejarse llevar de la emoción de un momento, en el que hace falta abrir una válvula para dejar escapar la mucha emoción contenida. Pero las cosas han ido ya mucho más lejos. No podría ser de otro modo cuando se ha tenido conocimiento de la carta pastoral del arzobispo de la provincia de Oriente, monseñor Enrique Pérez Serantes, que por fin se decidió a proclamar desde los púlpitos de todas las iglesias de su archidiócesis lo que se quería hacer desde todas las iglesias de la isla, pero sin poder vencer las muchas resistencias con que todavía se tropezaba para pronunciar lo que en realidad no podía ser más que una declaración de guerra entre la Iglesia y la Revolución, que de manera tan peligrosa se inclinaba hacia el lado del comunismo. Era mucha la gente que venía hablando del comunismo como del enemigo que se acercaba a las puertas de la nación, para deslizarse hacia el interior a la primera ocasión. Eso era antes; sin embargo, ahora no se podían emplear expresiones así, porque «el enemigo está dentro», según afirmación de la pastoral de monseñor Pérez Serantes, amigo personal de Fidel Castro y su hermano Raúl, el hombre que se asegura de salvó la vida en los días críticos del verano de 1953, cuando fracasó el intento de asalto del cuartel de Moncada. Como era amigo de la revolución que acabó con el régimen de Batista.

Un proceso fatal.

Y no podría ser de otro modo, naturalmente, cuando se recibe la noticia de que otro más de los amigos y compañeros de armas de Fidel en los días de Sierra Maestra ha caído víctima de los disparos de un piquete de ejecución. El ex capitán Manuel Beatón no podía resistir más al lado de Fidel Castro, como había sucedido antes con Díaz Lanz, Hubert Matos y muchos más. Pero Beatón hizo mal en subir otra vez por las escarpadas faldas de Sierra Maestra, porque no habían dejado todavía de ser territo-

rio de Fidel. Desde el momento en que Manuel Beatón y su hermano Cipriano y algún antiguo amigo y compañero más se fueron a Sierra Maestra se tenía el presentimiento de que esa era una empresa condenada de antemano al fracaso. Había oposición, ciertamente, y con tendencia a aumentar en la calle y en el monte, en la ciudad y en el campo, pero era una oposición inconexa, incierta, recelosa. Donde más consistencia tenía era en la Universidad, entre los grupos de jóvenes que, por católicos, eran más acendradamente anticomunistas; o en el exilio. Pero en el exilio estaba dominada todavía por el recuerdo de lo que había caído, y el fidelismo no podía, ni siquiera después de haber perdido la fe en Fidel, asociarse y confundirse con lo que Fulgencio Batista había dejado disperso, por Cuba (escondido, claro), por la República Dominicana, por los Estados Unidos.

No había ambiente todavía para lo que hizo Manuel Beatón: irse a Sierra Maestra. Por eso cuando Fidel, en un momento de rabia, salió hacia el escenario de sus recientes triunfos para ver si podía echarle el guante, se dió cuenta que en realidad no hacía falta derrochar tiempo y esfuerzo contra lo que estaba condenado al fracaso. Y así fué. Bastaron unas semanas para que Beatón y unos cuantos más cayesen prisioneros, para ser fusilados sin piedad muy poco después.

No había empezado, sino que estaba en una fase de avanzado desarrollo el proceso histórico de la revolución que empieza a devorar a sus propios hijos, como hizo la Revolución Francesa, ya se sabe.

Se podría decir, sin duda, que desde el momento mismo en que se iniciaba ese fatal proceso la suerte estaba echada. Y en las peores condiciones posibles, ya que un destino hasta entonces sonriente y generoso había frunció el cejo para jugar nada menos que con dados cargados.

No había, no podía haber, salvación.

Pero la gente, mucha gente, prefería olvidarse de ello escuchando a Fidel y aplaudiéndole. Sobre todo cuando atacaba a los Estados Unidos con mayor violencia.

Y eso que los Estados Unidos seguían vacilantes, sin atreverse a intervenir, como pedían que se hiciese, con rabiosa impaciencia, los propietarios que se estaban quedando sin nada de lo mucho que habían llegado a tener en Cuba. No se atrevían ni a poner fin al régimen de favor con que contaba el azúcar cubano que se exportaba a los Estados Unidos, para obtener un precio de dos a tres centavos de dólar—de una y pico a casi dos pesetas—por cada libra por encima del precio acostumbrado en el mercado internacional.

Petróleo y armas.

No siempre los Estados Unidos mantuvieron una actitud de franca oposición, como ahora—aunque todavía débil y vacilante—frente al fidelismo. En un principio, la lucha de Castro contra Batista despertó grandes simpatías por los Estados Unidos, aun cuando la actitud oficial solía inclinarse generalmente del lado del Gobierno. Dos cosas sobre todo contribuyeron mucho a que las relaciones se fuesen enfriando: la hostilidad norteamericana al programa de reforma agraria, que afectaba directamente a grandes intereses norteamericanos, que lo consideraron desde un principio como confiscatorio, y la resistencia obstinada de los Estados Unidos a que el régimen fidelista obtuviese, en los Estados Unidos o en otros países, el armamento que deseaba. Esta oposición impidió que Inglaterra accediese a cambiar por aviones de reacción la docena y media de aparatos que Londres había vendido a Batista unos meses nada más antes de su caída, que se produjo cuando ni siquiera se había tenido tiempo para hacer su entrega. Londres, ansiosa de recuperar el prestigio perdido en lo que tenía las dimensiones de un grave error diplomático, aceptó la propuesta cubana, pero los Estados Unidos impidieron que se realizase, en parte por temor a las repercusiones de la operación en vista del temor a que en Cuba se organizaran operaciones de desembarco contra algún otro país, en particular la República Dominicana. Esto hizo que el fidelismo contemplase con recelo primero, y con creciente hostilidad después, al Tío Sam, y más todavía en vista de las presiones que se ejercían sobre otros Gobiernos, para impedir que Cuba adquiriese armas y municiones. La situación se llevó al extremo de obligar al Departamento de Estado a que se anulase un contrato de venta de cuatro helicópteros, aun cuando muy poco después se aceptó la propuesta de compra de otros cuatro hecha por el jefe del Gobierno soviético, Jruschef, durante su visita a los Estados Unidos. Los Estados Unidos podían vender a la Unión Soviética cosas que se consideraban altamente peligrosas en las manos de los cubanos, muy amigos hasta entonces.

En adelante casi cualquier cosa serviría de pretexto para aumentar las tensiones y envenenar las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Uno de los factores de fricción más persistentes es la cuestión del azúcar, que desde los Estados Unidos se quiso presentar como una especie de subvención que se hacía al pueblo cubano, al comprarla a un precio muy por

encima del que prevalecía en un momento dado en el mercado internacional. La verdad era muy distinta, sin embargo. La subvención se hacía en beneficio del cosechero norteamericano, que tenía la suficiente influencia para impedir la competencia en su mercado del azúcar de importación, mucho más barata. El régimen de cuotas y de precios más altos colocaba en una situación de especial privilegio al productor norteamericano.

Posteriormente asomó un nuevo motivo de preocupación con la compra cubana de petróleo bruto soviético, destinado a ser refinado por tres grandes compañías internacionales, dos norteamericanas y una inglesa. Estas compañías se han resistido, sin embargo, a recibir ese petróleo—aproximadamente la cuarta parte del consumo anual cubano—por ser de una gravedad distinta al que se refina normalmente en Cuba, importado desde los pozos que en Venezuela explotan esas mismas compañías. El Gobierno cubano no ha comprendido los argumentos de las compañías y la resistencia se ha achacado a razones de tipo imperialista, por lo que se ha replicado con la amenaza de intervención de unos intereses cuantiosos. De esta manera aumentan los motivos de fricción que si no han conducido ya a una intervención abierta de los Estados Unidos quizá sea por temor a las consecuencias o por tenerse el convencimiento de que la caída del fidelismo es sólo cuestión de tiempo. Y no mucho.

Ambiente incierto.

Parece evidente que la situación empeora, no mejora, para el fidelismo. El viaje del presidente Osvaldo Dorticós a Buenos Aires, para participar en las fiestas conmemorativas del 150 aniversario de la independencia argentina, puso de manifiesto una creciente tendencia al enfriamiento de las relaciones del Gobierno cubano con los de otros países hispanoamericanos. La visita a Venezuela, sobre todo, hubo de reducirse mucho, y ni el presidente Rómulo Betancourt acudió a recibirlo o a despedirlo, ni se le concedieron las salvas de ordenanza, con el pretexto de que el avión en que viajaba Dorticós llegó después de las seis de la tarde. Podía haber llegado antes, pero se le obligó a mantenerse largamente en el aire; se dice que precisamente para hacerle aterrizar pasadas las seis de la tarde, con lo cual ese recibimiento protocolario resultaba innecesario.

Washington abraza la esperanza incluso de que el régimen fidelista acabe siendo condenado por el Comité de Paz de la Organización de Estados Americanos, que ha sentado un espectacular precedente con el informe que

ofrece las conclusiones de una investigación de cuatro meses sobre el régimen de la República Dominicana, condenado como autor de «flagrantes y extendidas violaciones de los derechos humanos».

El régimen de Ciudad Trujillo se encuentra en situación comprometida, no sólo por la carta pastoral, francamente condenatoria, que fué firmada por todos los obispos del país y leída en todas las iglesias, sino por la insistencia de declaraciones de abierta repulsa hechas por altas jerarquías de la Iglesia Católica y el estado de tirantez a que se ha llegado, que ha hecho que el ministro de Justicia dominicano recomendase la expulsión del nuncio de Su Santidad, monseñor Lino Zanini. El ministro declaró, es más, que los seis obispos católicos de la República Dominicana deberían ser condenados a la cárcel, por sus persistentes actividades «sediciosas».

Si los acontecimientos por la región antillana evolucionasen en el sentido de provocar la caída del actual régimen dominicano, ya con treinta años de existencia, una consecuencia posible y acaso inevitable sería el acortamiento, no la ampliación, de la vida del fidelismo en Cuba, que parece predestinada a ser de limitada duración, en cualquier caso. La caída de Trujillo, uno de los muy pocos dictadores que quedan por Hispanoamérica—dos en realidad: el otro es el presidente del Paraguay—reduciría mucho las tensiones que existen por toda la región antillana y facilitaría el desarrollo de acontecimientos que por un lado normalizarían unas relaciones nada satisfactorias—son varias ya las repúblicas hispanoamericanas que han roto las relaciones diplomáticas con la República Dominicana, además de Cuba, como Venezuela, Colombia, el Perú, etc.—y por otro contribuirían a crear un ambiente menos favorable para el fidelismo. Para ello, sin embargo, sería necesario, más bien que conveniente, un cambio franco en la actitud general de los Estados Unidos hacia Hispanoamérica y especialmente hacia las repúblicas de la región antillana, cuya posición real las convierte en dependencias políticas de los poderosos intereses coloniales que o bien son norteamericanos o tienen con los Estados Unidos vitales relaciones. El cambio ha de ser necesariamente amplio. Ya no bastará, por ejemplo, con hacer algunas concesiones de carácter muy limitado, como se ha intentado hacer con Panamá, donde la posición norteamericana resulta francamente insoportable para grandes sectores de la opinión.

Bases y extraterritorialidad.

Tanto en Panamá como en Cuba los Estados Unidos tienen concesiones que sólo han podido ser obtenidas en circunstancias especiales, en las circunstancias completamente unilaterales de los días que siguieron inmediatamente a la obtención de la independencia en uno y otro países. Antes de abandonar Panamá, desgajada de Colombia por la acción directa del presidente de los Estados Unidos Theodor Roosevelt, el Gobierno norteamericano se aseguró derechos a perpetuidad sobre la Zona del Canal de Panamá, que representan de hecho el abandono total del principio de la soberanía y la creación de unas condiciones de vida intolerables para la población indígena, que se encuentra totalmente sometida al interés, la autoridad y el bienestar del norteamericano, que da la sensación, por allí, de ser un ser superior además de privilegiado.

Después de dilatadas y casi siempre enojosas negociaciones, los Estados Unidos han suavizado algo las condiciones impuestas a Panamá, y el arrendamiento de una vasta zona de su suelo que parte su territorio en dos ha subido poco a poco hasta llegar a cerca de dos millones de dólares anuales, pero ni siquiera el presidente Eisenhower ha conseguido suavizar francamente el régimen a que está sometida la Zona del Canal, bajo la autoridad de un gobernador militar, designado por el Pentágono, y mientras el empleado norteamericano allí gana un promedio de 8.000 dólares anuales —amén de los privilegios casi interminables—, el panameño, reducido casi siempre a las humildes condiciones de un criado, no llega a los 2.000 dólares anuales.

Panamá tiene su contrapartida en Cuba, con la base de Guantánamo, que fué cedida también antes de que los Estados Unidos se retirasen de la isla, donde habían puesto el pie con el pretexto de ayudar a los cubanos a conquistar la independencia, pero que en realidad sólo buscaban afianzar posiciones imperialistas y conquistar otras nuevas. La base de Guantánamo, con las 8.000 hectáreas de su superficie, una maravillosa bahía y condiciones prácticamente inmejorables para todo, incluso para pasar una buena temporada de descanso, ha sido obtenida a perpetuidad a cambio de una renta de 3.386 dólares anuales. Una renta francamente ridícula.

Pero los contratos son los contratos, no importa las condiciones en que se hubiesen negociado ni el baldón que acabasen representando para un país amante de la independencia y la soberanía. Los Estados Unidos

han gastado en Guantánamo, sólo en construcciones, unos 76 millones de dólares y ésta es una de las razones en que se apoyan para no admitir la injerencia cubana, allí.

La cuestión de las bases empeora constantemente. Desde hace unos años nada más, los Estados Unidos tienen otra base en Trinidad, posesión británica próxima a la costa de Venezuela que pasa por un período de evolución hacia un régimen de autonomía. Por razones especiales, sobre todo por considerarse como la dirección lógica de expansión de Puerto España, capital de la isla, se ha querido recuperar la soberanía de esta base, la de Chaguaramas, a cambio de una concesión en otra parte de la isla, quizá incluso más favorable, con esos fines; pero las autoridades navales norteamericanas se han negado a tratar siquiera la cuestión. Con esto se ha creado un ambiente de recelo y animosidad que hace un poco menos agradable el ambiente antillano para los Estados Unidos, incluso para los norteamericanos que se asoman por allí con el ánimo dispuesto a hacer inversiones de importancia.

Hasta las inversiones inspiran serias sospechas, como se ha puesto de manifiesto hace poco en Haití, donde se instalaron grandes facilidades para el manejo de la carne. Pero la operación fracasó, en sólo cuatro meses, porque el Gobierno de Puerto Príncipe se negó a conceder a esta empresa, norteamericana, el monopolio que buscaba para ejercer un control absoluto del mercado de carnes en Haití. Es decir, que los Estados Unidos, que insisten tanto en un tipo de economía libre en el país, se sienten irresistiblemente inclinados a buscar posiciones de privilegio para las inversiones que realizan por el exterior, siempre que sea posible. Hoy, en un mundo de relaciones muy estrechas, el efecto de situaciones así acaba siendo altamente perjudicial para el buen nombre y los intereses de los Estados Unidos, de una potencia cuya posición de privilegio por la región de las Antillas se encuentra seriamente amenazada.

JAIME MENENDEZ.

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

